

El Baluarte

Suscripción.—Sevilla: Un mes, 2 ptas.—
Un año, 20 ptas.—Provincia: Tres meses, 7'50
ptas.—Un año, 25 ptas.—Pago adelantado.
Número atrasado, 25 céntimos de peseta.

DIARIO REPUBLICANO



REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Lagar núm. 5.

NÚM. 237

Sevilla—Martes 15 de Octubre de 1901

AÑO XXV

Grandes iniciativas

Todos estamos conformes en que lo actual es detestablemente malo. Todos coincidimos en que los dos partidos gubernamentales y los hombres todos que han alternado en el poder son unos fracasados. Todos apreciamos la situación interior de España como perfectamente desastrosa y como un edificio ruinoso que amenaza desplomarse a la más ligera sacudida. Todos convenimos en que no se puede seguir así y en que los empirismos no sirven más que para ir tirando en este Calvario del deshonor y de la desventura en que sucumben la moral y la vida física; por eso unánimemente coincidimos en condenar las determinaciones del partido conservador y los miedos y resquemor es del partido liberal, porque unos y otros laboran en pro de la monarquía, olvidando los intereses nacionales.

Ni acometen de frente ninguna reforma útil, ni toman iniciativas vigorosas que nos saquen del estado de postración en que yace la nación entera.

Se manifiesta el pueblo unánimemente contra el jesuitismo y contra las comunidades religiosas; tira al partido conservador, y a su poderoso impulso suben los llamados liberales, y ¿qué han hecho? Prosternarse ante el papado y conservar en Roma como representante de nuestra nación al más papista, al más ultramontano de los políticos españoles; al que, por consejos, del Papa, emigró del campo carlista y sentó sus reales en los consejos de D. Alfonso XII, pretendiendo llevar la representación de las honradas masas; y no se reforma el Concordato, ni se disminuyen las diócesis, ni se rebaja el presupuesto del clero; y las comunidades religiosas aumentan y crecen en influencia, y se las trata de amparar en la Ley como si fueran asociaciones de carácter civil y corporaciones ó sociedades para fines morales, instructivos ó de alguna utilidad para la nación, para el Estado ó para el individuo.

Se pronuncia la mayoría de los ciudadanos en pró de la disminución de los tributos, del descubrimiento de la riqueza oculta, y al partido liberal no se le ocurre otra solución que aumentar los gastos y cambiar las horas de oficina de los funcionarios públicos. Disminuye la importación, decrece el crédito, pero, en cambio, suben los francos casi hasta nueve enteros, y el Gobierno no encuentra fórmula de conjurar la tempestad y de contrarrestar el mal para el país productor y trabajador, que significa ese desequilibrio.

Demanda la masa leyes y soluciones justas y prudentes para mejorar la condición del obrero, y el Poder público, fuertemente aprisionado entre las garras de agiotistas, banqueros, contrabandistas y patronos, no se atreve a romper las ligaduras, y permanece quieto é indiferente ante la situación verdaderamente desdichada de las masas obreras del campo y de la ciudad, á las que un día empujará contra la República, y con sus cantos de sirena tratará de apartar de los partidos de la democracia para que le hicieran el juego contra nosotros los enemigos de la monarquía. Y ahora el conflicto se presenta con más negruras y no pueden resolverlo.

Se pronuncia el país por el trabajo y por todas las artes de la paz, y el ministro de la Guerra pretende aumentar el contingente armado; y los dos partidos de la monarquía, sin plan ni concierto, y á hurtadillas, nos entregan á la voracidad de los que en Europa se disputan el predominio de los mares latinos y del grande y virgen continente africano.

Tras de un verano de movimiento inconcebible y de actividad ratonil, en que se pretendía manifestar al país que todo se iba á renovar con las iniciativas de la famosa ponencia de ministros, llegamos al Otoño, y á la inauguración de las tareas parlamentarias, sin que apenas se haya quitado el polvo á las estantiguas de la época de los moderados del reinado de Isabel II; y vivimos en pleno siglo XX, ni más ni menos que si fuera ayer cuando los Borbones se entronizaron en España. Y es que al árbol improductivo no se le puede pedir fruto. Pedir á la mezcla de Borbones y Austrias, que tantas desventuras han

causado á España en cuatro centurias, es algo peor que pretender que el olmo de peras. Esperar que la Patria se regenere mandando un Austria ó imperando un Borbón, es igual que esperar del Papa y del Sacro Colegio que practicaba el Evangelio ó imiten al maestro que predicaba y practicaba la pobreza y la Mansedumbre, ó esperar de un obispo, de los que ahora se usan, que guarde respetos á las opiniones de los demás.

Se levanta un clamoreo unánime protestando contra el impuesto de Consumos, y al ministro de Hacienda y al Gobierno en masa no se le ocurre otra cosa que irle amortizando por décimas anuales, como si dentro de diez años pudiera quedar señal de vida de los que hoy no pueden comer carne ni beber vino, y casi ni alimentarse de patatas sazonadas con aceite.

Los empíricos, los cobardes, los faltos de iniciativas, los que carecen de las energías necesarias y faltos de valor para los grandes empeños de regenerar un país que está á las puertas de la muerte por inanición, esos deben desaparecer, y el pueblo debe arrojarlos si quiere vivir y progresar, ó morir en la contienda, pero con dignidad. Porque vivir así es vivir en vilipendio, y hacer buenos á los tiranos y á los usureros con agua del pozo, para remediar los gravísimos males que afligen á España.

Remedios heroicos, ó nada.

A. A.

Murmuraciones

No está el horno para bollos. Los sevillanos vivimos en un estado neurótico que pone espanto. Los acontecimientos se han sucedido con demasiada rapidez, y ya nadie sabe lo que va á pasar aquí.

La huelga general ha tenido una acentuación grave, y de seguir por este camino, nos veremos precisados á tendernos á tomar el sol.

El día de ayer fué un día de prueba, tanto para las autoridades como para aquellos que no ejercemos otra autoridad que la que nuestras mujeres nos conceden; porque, en casa, en punto á hacer calcaetas, maldita la autoridad que me consiente mi familia.

Fué el caso... que los organismos directivos de las sociedades obreras acordaron el paro general, no sé si por mayoría ó minoría de votos, y el obrero que quiso, y el que no quiso también, todos se fueron á pasear.

Para encontrarnos en situación tan anormal y extraordinaria, es de justicia consignar que no hubo que lamentar grandes desastres.

Reinó la cordura y la sensatez, lo mismo en los obreros declarados en huelga, que en las autoridades, que no hicieron alardes de ninguna especie, y que brillaron en todas partes por su ausencia.

Parecía como que el movimiento era visto con comprensión y con simpatía, y todos, autoridades y pueblo, le prestábamos, si no nuestro asentimiento, por lo menos nuestra tolerancia.

Avanzaba el día, y con el avance de la luz solar, avanzó también el movimiento, tomando éste el giro natural, y demostrando con ello los síntomas premonitorios de la gran enfermedad que tendremos mañana.

Las turbas se dirigieron á los felatos del Consumo, y quemaron las guardias de esos lobos, odiados eternamente por todos los pueblos de la tierra.

El pueblo español transige con el ejecutor de la justicia y no le apedrea, y hasta vive con él en la misma casa... Pero al dependiente que está en el felato, que á diario le veja y escarnea y le amenaza y le irrita, á ese le odia y no le perdona jamás.

Con el más fútil pretexto, siempre que un asomo de motín se deja envever, el felato del Consumo es el pagache.

Como el pueblo en general ve siempre estos actos con manifiesta simpatía, nadie estorbó los intentos de la multitud, y los felatos fueron pastos del incendio, y los guardas se retiraron...

Hasta aquí los movimientos simultáneos de las turbas eran lógicos, dentro del estado en que nos encontrábamos.

Parece ser—y hay datos que lo comprueban—que la casa palacio que ocupan las Trinitarias, no las monjas, sino las hermanitas explotadoras de diferentes industrias, de las que sacan gran provecho, lograron agsaltarla con fines modales, y ya dentro del edificio, ocasionaron alguna re-

vuelta con los sustos consiguientes, pero pronto lo abandonaron sin dejar rastro criminal...

Se explica este atentado porque dichas hermanitas trabajan, y tienen multitud de niñas allí empleadas, y como las turbas pregonaban la huelga general, lo único que pretendieron, al entrar en el edificio susodicho, fué dejar en paro forzoso á las obreras manuales.

De la verdad de este aserto responde el convento de los jesuitas, que fué respetado, y algunos centros más de frailes, por cuyas puertas pasaron sin demostrar querellas contra ellos de ninguna especie.

Y si es verdad que también intentaron entrar en el convento de los Padres Salesianos, hay que tener en cuenta que estos señores también ejercen diferentes industrias á la mayor gloria de D. Bosco su fundador.

Se ve, pues, que el movimiento iniciado llevaba una idea fija: la de paralizar todas las industrias, respetando la industria religiosa en todos sus órdenes, para, si venían mal dadas en la tierra, tener asegurada en el cielo la tranquilidad por medio de la benevolencia de ese factor, tan importantísimo que, según nuestros más grandes pensadores políticos con vistas al nuevo reinado, no es posible que ningún pueblo subsista sin religión... con curas, canónigos, obispos, arzobispos y cardenales con buenos sueldos.

Con los movimientos populares sucede una cosa muy rara, y es: que se ve cómo comienzan y no se puede presumir cómo acaban.

Por eso precisamente debió reprimirse el de ayer en sus principios: para evitar mayores males.

Todas las tiranías son odiosas, lo mismo la de arriba que la de abajo, y contra ella formulan su más solemne protesta todos los hombres que deseen vivir al amparo de las leyes dentro de una sociedad culta; y eso hicieron ayer cuantos se vieron atropellados en la función natural de sus quehaceres ordinarios.

Si el paro general pudiera llevarnos como de la mano á la resolución de los áridos problemas económicos que agitan á la sociedad moderna, todos, ricos y pobres, grandes y pequeños—lo creemos firmemente—se sacrificarían en sus quehaceres ordinarios con la mejor buena fé.

No entendemos—lo confesamos ingenuamente—las nuevas teorías que se desarrollan en los cerebros de los nuevos apóstoles sociales, que creen que de la quietud, de la inacción, de la atonía, de la muerte, en fin, ha de resurgir la vida y la redención de la humanidad.

Las ideas que pugnan contra los movimientos de la Naturaleza, la madre y la gran maestra de todo lo creado, no pueden tener eficacia alguna. Son contraproducentes en todo y por todo.

La vida eslucha, y por la lucha ha de resolverse la existencia.

Entendemos que la fuerza es un medio, porque la fuerza es poder, y en el mero hecho de serlo, se constituye en ley; ¿qué otra cosa es la ley que un poder consagrado, la mayor parte de las veces sin razón?

—Es que la inacción general—se me dirá por los apóstoles de las nuevas ideas—se convierte en fuerza.

Aparte de que llegar á ese extremo constituye una ilusión, como ilusión sería pretender que todos los seres pensáramos y sintiéramos del mismo modo, ni es viable, ni podrá ser jamás.

Entendemos que ese movimiento iniciado en Andalucía no tiene otra virtud que la razón que le abona á la clase proletaria, que ve pacientemente cómo se hacen grandes fortunas, en tanto ella permanece en la mayor escasez; y si ha tomado vuelo, es hijo de la grande ignorancia en que vive nuestro pueblo trabajador, que no se inicia en el camino que guía á la resolución de las cuestiones económicas, llevadas á cabo por el mismo brazo que ejecuta y por la misma inteligencia que crea.

Mil, dos mil, tres mil obreros, constituidos en sociedad, á diez céntimos semanales, constituyen un capital en pocos años, que unido al cuádruple que otorga el crédito, forman loscimientos de industrias poderosas, de granjas agrícolas... ¡Ah! está la redención del pueblo obrero, el socialismo en acción: el capital y la mano de obra, todo de un mismo dueño!

—¿Y cómo se llega á eso?—preguntarán los que dudan.

—Por medio de la constancia y de la instrucción, las dos cualidades de que carecemos.

—Entonces...

—Entonces, ¡nada! Ya lo habéis visto. Una ciudad en paro: atipatía general en todas las clases; en la adinerada, porque es temerosa y cobarde de suyo; y en la trabajadora, porque... mañana, si no hoy, se encontrará á comer... Las libertades, restringidas; la tierra, que antes y siempre se regaba con sudor, amenazada de empaparse en sangre, las más de las veces inocente.

Y los hijos del pueblo—y esto es lo triste!—viéndose obligados á imponer el respeto y el orden á aquellos mismos á quienes les deben el

sér, que son de su misma condición y de su misma sangre.

Señores capitalistas de La Cartuja, y de lo otro, y de lo de más allá...

Señores Autoridades: Ceded todos un poco, siquiera no sea por otra cosa que en nombre de la humanidad...

CARRASQUILLA.

AL VUELO

—¿Quiere usted que entremos?—me preguntó el alcalde al llegar á la puerta ojival de un vetusto edificio agrietado que ante nuestros ojos se alzaba.

—¡Bueno!—respondí—y al momento la llave giró sobre los goznes emmohecidos, rechinando con acento quejumbroso, que retumbaba en aquel pórtico. Pasamos dentro del casuchón.

Se trataba de un convento de monjas, quienes, temiendo la ruina de su casa, la deshabitaban.

Las paredes eran de yeso ennegrecido; el suelo mostraba difíciles labores hechas con piedras pequeñas, arrastradas por las aguas de sabe Dios qué ríos. Un olor desagradable, á mujer sucia, se percibía por doquier.

Las celdas eran estrechas, bajas de techo, empedradas como el ancho pasillo y portal. Puertas desvencijadas cubrían los huecos de entrada. Más que celdas parecían silos...

Allá, á lo lejos del pasillo, se veía una figura churrigueresca queriendo representar un Cristo con carnes rojas y negras. Un sol de color amarillo de huevos servía de fondo al histórico letrero de ignominia.

Aquello estaba obscuro, todo olía mal, y parecía desprenderse de las paredes una tristeza que molestaba.

La despensa (que fué) tenía sucios los vasos de sus nichos, en que debieron conservar los alimentos para las colaciones... ¡Y ¡cosa rara!, en esa habitación y sobre las cornisas del maderamen vimos bajo relieves de indiscutible mérito, unos de puro estilo mudéjar y otros de la época del Renacimiento. De suerte, que la parte más artística del edificio estaba relegada á ser despensa. ¡Sus habitantes debieron pensar con el estómago!

Al llegar á la parte superior del convento que antes fué cárcel, mi admiración subió de punto, porque *aquello* ya era otra cosa. Las celdas estaban blanqueadas, limpias, sin el olor característico percibido antes. Había luces, había ventilación y una tarima de pino resguardaba los pies de la frialdad.

No comprendía la razón de un cambio tan radical: yo no prestaba el por qué, y al preguntar la causa supe que aquellas habitaciones estaban destinadas á las novicias; es decir, á las que hacen el ensayo de la vida religiosa, y si en el año que dura la prueba resisten lo menos *tomado*, entances ¡ah! entonces, hechos los votos, tomada la toca, entregado el dinero de la dote, fuera máscara se quite el disfraz de la hipocresía, y las imbéciles que sintieron vocación por esa vida de egoísmo, de quien conoce su inutilidad para mejor empleo, pasan á la categoría de *monjas*, llegarán quizá á ser *abadesas*, pero mientras tanto ocupan los chiqueros de abajo, y lloran en silencio toda la desgracia de su error, tanto más insufrible cuanto es imposible su remedio.

Cumplir la regla de la orden, obedecer el despotismo de la *Superiora*, ocultando como un crimen los naturales deseos de mujer, atormentada por eróticos pensamientos de virgen, mirando el pedazo de cielo azul, que permite ver el enrejado de hierro con celosía de madera y alambres que les separan del mundo, donde debieran adorar á su Dios siendo amantes de su familia, buenas madres de sus hijos y esposas fieles del hombre que con su honradez y trabajo las hicieran todo lo feliz que pudiera ser en esta vida.

Entonces me convencí de una vez más de la hipocresía del misticismo, y cuando salí de aquella destaralada casa, un montón de tristes sentimientos pobló mi mente, y la pena del mal irremediable anudaba mi corazón.

Si aquellos agujeros insaludables pudiesen hablar, sabríamos las torturas morales y físicas de infelices que, víctimas del confesionario ó de su catarata intelectual, tuvieron en mal hora la debilidad de engrosar el número de desesperados...

¡Y aun hay quien desee ser monja!

E. PELÁEZ MASPONS

Tiempo perdido

Los grandes periódicos, más ó menos comprometidos con el régimen y empeñados en sostener el actual imposible estado de cosas, entretienen su tiempo en los actuales momentos en pedir soluciones de gobierno á los hombres de la oposición, singularmente á aquellos que combaten á los dos partidos turnantes.

Parece que hemos nacido ayer ó que hemos caído por escotillón en estas tierras de España, desde algún cometa ó de otro astro cualquiera.

¿Qué puede hacer Romero Robledo de bueno ni de nuevo, cuando es uno de los exgobernantes que más han desgobernado á España en los últimos veinticinco años? ¿Qué pensamientos ni qué soluciones de gobierno puede ofrecer el duque de Tetuán á sus setenta años, si cuando debiera haber estado en la plenitud de su inteligencia, no sirvió para otra cosa que para ser un secretario de Cánovas en el ministerio de Estado, de quien no se sabe que se haya distinguido ni como diplomático, ni como militar (es general de brigada de la escala de reserva, por si alguien no lo sabe), ni como orador, ni como nada. Ha gobernado tan mal como los más, y peor que todos los más malos.

¿Qué va á hacer el general López Domínguez con su platonismo democrático, cuando en las diferentes ocasiones que se le han presentado, teniendo positiva fuerza, muchas simpatías y la mayoría del Estado Mayor (y menor) del ejército, ni supo imponerse para ser el primero en la monarquía, ni tuvo el valor de rebelarse para establecer las soluciones de la democracia pura, fundando una república de que él hubiera sido el director, el cónsul, el presidente, el dictador, lo que hubiera querido, sometiéndose á Sagasta para verse vencido y humillado cuando su famosa frase de «ir á Melilla ó á su casa», y se quedó sin lo uno y sin lo otro?

Gamazo. A Gamazo ya no le discutimos, porque es un hombre perdido para la política, de lo cual nos felicitamos y se felicitará España entera, que no puede olvidar su desastrosa gestión financiera, sus amores jesuíticos y el desgano tan cruel que con él sufrió la famosa liga agraria, que considerándole su salvador fué en su cuchillo.

Maura y los suyos bastante harán con pedir permiso á Silvela ó á otro jefe ultramontano cualquiera para que les deje tomar plaza entre su hueste.

Queda Canalejas, el republicano científico, el demócrata de pensamiento, pero monárquico de conveniencia; y éste, que es hombre de un gran porvenir, lo ha echado ya todo por la ventana con sus precipitaciones y su prisa por llegar.

Los republicanos, ya algunos le habían perdonado y confiaban en el término de una evolución lógica, necesaria y además patriótica y redentora; pero sus últimos discursos han producido el efecto de una ducha de agua fría. Canalejas es también otro fracasado con más talento que los demás, pero fracasado y vencido como todos, con la añadidura de falta de valor cívico por haber apreciado desde el terreno y á tiempo la situación de Cuba y no haberse atrevido á decirselo al país en castiza lengua española.

¡A qué pedir programa á estos hombres! ¡A qué fiar en ellos, si nos los sabemos de memoria! ¿Es que se quiere que siga la farsa con trajes distintos, con indumentaria nueva y con telones y escenas pintados también de nuevo, pero con la misma acción, con la propia trama y con escenas iguales? Vamos, ¿se quiere una *répétition* en que los personajes sean sabios, en vez de *morenos*? Pues dígame de una vez ó confíesele la verdad; y la verdad es esta: Queremos sostener la monarquía á todo trance. El país nos tiene sin cuidado. Aunque el pueblo viva en la humillación más degradante y la nación sea feudo del más atrevido, que el régimen subsista. A esto aspiran los grandes periódicos, y por este lado enderezan sus discursos los rotativos de dentro y de fuera del Parlamento.

Pero no saben que es tiempo perdido, porque el país se incorpora, aunque despacio, y va sacudiendo su pereza para concluir de una vez con los partidos turnantes, con sus censores excomulgados y con los propagandistas de los fracasados.

Todos son iguales: así piensa el pueblo, y con arreglo á esta idea obrará en su día.

A.

De actualidad

Setenta talleres de carpinteros están en huelga en Valencia.

Los obreros gestionan la adhesión de los veinte restantes.

Piden la jornada de ocho horas.

Témese que se generalice á otros oficios. Ahora huelgan los albañiles, carpinteros y ebanistas.

Vega Armijo ha marchado á Córdoba.

En Gijón restablecióse la normalidad.

El cupo militar se reducirá á 4,000 hombres.

Firmóse el nombramiento de Jimeno Lerma para ministro de lo Contencioso.

En Barcelona la huelga de los albañiles continúa.

En grupos recorren la Rambla, mostrándose pacíficos, y otros coaccionan impidiendo el trabajo en las obras.

Regresó á Barcelona de la frontera francesa un delegado del Gobernador, negando que haya agitación carlista.

Constituido el Congreso obrero en sesión permanente, fueron aprobadas tres conclusiones.

La tendencia de todos los discursos es el paro general hasta lograr todas las aspiraciones obreras.

El partido radical obrero ha acordado el retraimiento electoral.

Urzáiz recibió el presupuesto de Agricultura.

Aumenta la animación política. Han regresado muchos diputados y senadores.

El presupuesto de Agricultura presenta 11 millones de aumento, más siete de carreteras, canales, pantanos y faros.

La comisión del Muni regresará en Diciembre.

El conde de las Almenas ha anunciado á Sagasta que lo interpelará mañana sobre la cuestión religiosa.

El Correo dice que la principal atención de las Cortes serán las cuestiones económicas, especialmente los consumos y el problema de los cambios.

INGLESES Y BOERS

La contingencia tan temida por los ingleses, la sublevación de los afrikanders de la Colonia del Cabo, se ha presentado ya. Y, lo peor del caso, es que no reviste la nueva enfermedad un carácter franco ni síntomas bien definidos, sino que tiene un aspecto insidioso, que aumenta el peligro.

No se levantan en armas los afrikanders, procurando por todos los medios posibles dar un disgusto á los ingleses, sino que uno á uno se incorporan á las filas boers, y cuando están fatigados, después de esconder sus armas, vuelven al hogar y allí descansan un par de semanas, para volver luego á la montaña ó al campo. Algunos no vuelven nunca, pero tendidos por las balas de sus fusiles, yacen algunos cadáveres ingleses en alguna cañada, en algún desfiladero, en campo raso á veces.

No se explica de otro modo lo que ocurre en el Sur de Africa. Los boers tienen hoy igual número de soldados que cuando derrotaban á las columnas británicas á orillas del Tugela. Los ingleses han hecho—si hay que dar fe á sus estadísticas—más de 12,000 prisioneros, desde el principio de la guerra. ¿Cómo se comprende que no se hayan aclarado las filas de los boers? Hay que pensar en que las balas inglesas no son de algodón y que, cuando dan en el blanco, hieren ó matan. Si á los 12,000 prisioneros se suman unos 8,000 hombres puestos fuera de combate, desde el 11 de Octubre de 1899, tendremos 20,000 boers inutilizados.

Así, pues, únicamente gracias al concurso de los afrikanders del Cabo, se puede explicar que el ejército de las dos Repúblicas no haya padecido notable disminución.

Prueba innegable de que transvaalios y orangistas se sienten fuertes, la da el hecho de que, durante la última quincena, han atacado por todas partes á los ingleses, en lugar de huir su acometida. Y los han atacado con tanta fortuna, que les han tomado cañones, banderas y cientos de fusiles.

La guerra, que el lord de Khartum daba por terminada en 15 de Septiembre último, recr-

dece con furia; los combates y las derrotas de los ingleses se suceden; los comandos de Scheepers, Kuitzing y V lten, no abandonan la Colonia del Cabo; unas columnas quedan derrotadas, como la de Kakewich; otras, como la de lord Methuen, esquivan el combate, apesar de tener artillería y caballería.

El ministro de Hacienda de Inglaterra tiene que buscar dinero, y para ello recurre á los empréstitos, lo que hace que el tipo del consolidado baje poco á poco; el ministro de la Guerra busca hombres para enviar al degolladero, y los hombres escasean; el comercio paraliza sus transacciones; algunas industrias periclitán, la desconfianza cunde porque perdura la guerra y los boers no se muestran más desanimados que hace dos años, cuando á las órdenes de Joubert y Meyer bajaban al Natal en demanda del ejército del general Withe, que encerraron en Ladysmith, ó adelantaban hacia el Cabo en busca de Gatacre, el vencido de Siromberg.

Cumplieron ayer dos años, día por día, que la guerra dura. Cuando se supone en Inglaterra que se habían librado las primeras escaramuzas, Stanley, el gran explorador africano, quiso echárselas de profeta y dijo en son de mofa que la guerra duraría tres meses y costaría poca sangre y poco dinero.

Después de dos años de lucha, el problema de saber por quién se decidirá la victoria subsiste. Digan cuanto quieran los ingleses, no saben ya sus generales cómo componérselas para acabar con las fuerzas enemigas.

Y cada semana que pasa cuesta á los ingleses más de trescientas mil libras esterlinas y más de 400 hombres, sin contar con los enormes gastos de fletes y compra de armas, municiones y caballos.

Y como cuando las cosas van mal dadas la más negra viene siempre detrás, coincidiendo con el recrudescimiento de la guerra en el Sur africano, llega á Inglaterra la noticia de la muerte de Abd-el-Rhaman Khan, emir de los afganos, es decir, de la raza que sirve de valla entre Inglaterra y Rusia en el Asia.

Una sucesión en el Afghanistan es siempre temerosa.

¿Producirá la muerte de Abd-el Rhaman complicaciones peligrosas para la Gran Bretaña? ¿Marcará la hora de alguna ingerencia rusa? No es muy probable; pero es posible, y sólo la posibilidad de un conflicto asiático debe horrorizar en esta ocasión á Chamberlain y Salisbury. Una guerra en Afghanistan implicaría para los ingleses la pérdida del Cabo.

MARCO POLO.

EL CONFLICTO OBRERO

En vista de que los grupos que ayer recorrieron tumultuosamente la población no depositan su actitud después de publicado el bando que dictó el Gobernador civil señor Ordax y Aveilla, se reunieron anoche en el despacho del Alcalde, con éste, las primeras autoridades militar y civil, acordándose, después de larga conferencia, que hoy por la mañana apareciera fijado el bando declarando en suspenso las garantías y declarando en estado de sitio la ciudad.

ESTADO DE LOS ANIMOS

El estado de los ánimos en el pueblo era anoche exaltadísimo. Los grupos habían seguido recorriendo las calles céntricas, obligando á los dueños de los establecimientos á que tuviesen las puertas de éstos cerradas.

La policía tenía noticia de que algo se proyectaba contra los hornos y ejercía severa vigilancia cerca de éstos. Después de la una de la madrugada, la sección de policía que había estacionada en la plaza del Duque de la Victoria corrió hacia la calle de las Palmas, por haberse dicho que un grupo pretendía que dejasen el trabajo los operarios del horno que allí existe.

Se temía, pues, que hoy amaneciera el día con escasez de pan para el consumo, originando esto el consiguiente conflicto.

Aunque los más levantiscos conocían el acuerdo de las autoridades de poner á la ciudad en estado de sitio, no por eso proyectaban dejar su actitud, y aseguraban que hoy impondrían el cierre de los establecimientos y el paro de talleres, obras y fábricas.

LOS SUCESOS DE HOY

Antes de narrar los tristes sucesos de que hoy ha sido teatro Sevilla, nos vemos precisados á hacer de aquellos algunas consideraciones, siquiera éstas sean á la ligera.

Ante todo debemos protestar de que hayan sido obreros los que realizaron durante la mañana actos censurables. Entre los trabajadores que hacían su protesta, apoyando la huelga general, inmiscuyéronse esos otros individuos que se encuentran en todas las asonadas, espíritus

perversos que se aprovechan de la anomalía para realizar la obra destructora que ansían, y que no pueden realizar de otra manera más que á la sombra del obrero, que, equivocado ó no, obra siempre leal y noblemente.

No es este momento ni ocasión oportuna de discutir la razón que asiste á las que piden la huelga general. Nosotros, que profesamos la idea democrática y amamos al hombre libre, nos limitamos hoy al papel de informadores, más que por nada, por la situación excepcional en que se halla la población y que forzosamente habría de limitar dijésemos públicamente lo que honradamente sentimos.

Dijimos no hace mucho tiempo, y hoy volvemos á repetirlo, que en este movimiento obrero que se desenvuelve sin ideal fijo había una mano oculta, para nosotros desconocida, que era la que impulsaba estos movimientos tumultuarios, de los que ignoramos el provecho que saque el pueblo trabajador. Dijimos—y volvemos á repetirlo—que aquí se ha pretendido apartar la fuerza impulsiva del movimiento anticlerical que se inició en España á raíz del estreno de *Electra* con otro movimiento de más importancia social: con la declaración de una guerra fratricida entre el capital y el trabajo.

Y esto, dígame lo que se quiera en contrario, solo puede ser obra del jesuitismo, que ampara las causas, mejor dicho, las inicia cuando ve que aquéllas pueden servirle de salvación.

TROPAS EN LAS CALLES

Por orden del capitán general, señor Luque, salió á la calle toda la guarnición, excepto la artillería y las fuerzas de infantería y caballería que montan la guardia de los cuarteles y demás sitios que tienen aquélla. En el Ayuntamiento y en el Gobierno civil había retenes prontos á acudir al primer lugar que fuese necesaria su presencia. El resto de la fuerza de infantería hallábase distribuido principalmente por los barrios de la Macarena y Triana. La caballería, dividida en secciones, patrullaba por la ronda y calles donde se veían más grupos.

La calle de la Feria, la Alameda, el Puente

de Isabel II y algunos otros lugares, asemejábase á campamentos.

ACTITUD DE LOS OBREROS

Cerca del Puente de Isabel II, y frente á la tropa allí apostada, formóse en las primeras horas de la mañana un grupo numerosísimo de obreros en actitud poco tranquilizadora. Exasperaba á aquéllos el alarde de fuerzas que se hacía por la autoridad y en voz alta así lo manifestaban. De aquel grupo destacáronse algunos otros que se dirigieron hacia el centro de la población para imponer el cierre de tiendas.

Casi á la misma hora empezó á formarse otro grupo en la plaza de San Juan de la Palma. Este grupo, en el que predominaban obreros que por sus trajes parecían agricultores, en su mayoría, armados de garrotes, dirigióse hacia el mercado de la Feria dando gritos y obligando á cerrar las tiendas que encontraban abiertas á la voz de ¡miserables y burgueses!

ROBO DE PAN Y CHACINA

El grupo que se formó en la plaza de San Juan de la Palma, aumentado por numerosos chiquillos, llegó, como antes decimos, en actitud tumultuosa, hasta el mercado de la Feria. Allí acometieron un puesto de pan, del que se llevaron todas las medias y rosas que había. También fué objeto de la rapiña de los manifestantes, un puesto de chacina, del que hurtaron porción de racimos de chorizos y dos jamones.

Las numerosas personas que en aquel momento había en el Mercado realizando compras, huyeron atemorizadas, y algunos puestos cerraron rápidamente sus puertas para evitar el saqueo.

CONTRA UN CONVENTO

El grupo de la calle Feria, después de realizarse en el mercado lo que antes consignamos, volvió sobre sus pasos, y llegó profiriendo gritos hasta frente al convento del Espíritu Santo, frente al cual se pararon, arrojando contra la fachada numerosas piedras. De repente surgió entre algunos del grupo la idea de incendiar el edificio, y pronto se puso aquella en práctica. Sobre la puerta del locutorio que da frente á la